

**A PIE  
DE CALLE**CATALINA  
**Gayà**

ALBERT BERTRAN



►► Unos chicos juegan al fútbol en un campo de asfalto en la calle de Sant Rafael, en el Raval.

# Reglas de asfalto en los solares

**E**n esta crónica quería describir –y explicar– todos esos solares que, por la crisis, se han convertido de manera provisional o institucional en plaza o en huerto, en campo de fútbol o de petanca o críquet, y no en edificios de viviendas con promesas de confort. En todos los barrios de Barcelona, desde La Bordeta hasta Gràcia, hay un solar reapropiado por la ciudadanía.

Hace dos años, en la calle de la Reina Amàlia, en el Raval, unos jóvenes ocuparon un solar lleno de escombros y ratas y nació un huerto. El Hort del Xino, así se llama, es huerto asambleario. El sábado, esta cronista se acercó al huerto, pero los jóvenes que gestionan la tierra le dijeron que tienen que decidir en asamblea si explican a un medio de comunicación cómo funciona dicha ocupación ecológica y educativa. Será para otra crónica, entonces, y en caso de que lo apruebe dicha asamblea.

De momento, y para esta crónica, solo decir que en ese oasis de tierra yerma aún pervive la higuera que dio sombra al patio de lo que fue una carpintería. De este árbol viejo han nacido varios esquejes. Muy cerca, entre las calles de Sant Martí y Sant Rafael, hay una pista de asfalto don-

de se marcaron líneas para jugar a básquet y a fútbol en un ejercicio de diseño geométrico de todo en uno. El campo/cancha ocupa un solar que antes era un almacén de maderas. Es difícil acercarse al terreno de juego. Esta vez no por el espíritu asambleario, sino por el celo territorial de quien juega ahí.

Cuenta un joven marroquí que, más que escribir sobre solares que ahora son canchas, esta cronista debería fijarse en lo pobre que es el ba-

«Nada de fotos porque te quito la cámara», advierte un chico en el campo

rrío. «Ves las rejas que hay en los balcones. Son las mismas que hay cuando estás en la Modelo», dice, y señala unos patios traseros que aparecieron, casi indecentemente, cuando el edificio de enfrente se derrumbó. El que ya no está era uno de esos edificios estrechos de ese otro Chino hacinado y pobre de 1868.

«Han ganado en sol», piensa la cronista. Un chico se despereza en uno de esos balcones; en otro, una señora

tiende ropa en pijama. En las tardes, en esta cancha, los niños paquistaníes juegan a básquet o a críquet a un lado y, sin mezclarse, los adolescentes marroquíes meten goles en una portería roja y sin red. «Hace tiempo –explica un joven–, la cancha estaba cerrada y se abría por horas. Ahora cortaron las rejas y está abierta todo el día y toda la noche».

Es evidente que quien juega aquí no está contento. «De jugar, sí», aclara un chico. «No de la vida que hay en el barrio. En esta misma cancha hay delincuencia y esto no es bueno para los niños. No es un buen ejemplo», explica otro joven, y dice que no piensa revelar su nombre.

Es sin identidades cuando florecen las historias. «Nada de fotos porque te quito la cámara», advierte un chico. «La calle es de todos», responde esta cronista. Entonces, nada de preguntas sobre si la calidad de vida del Raval ha aumentado últimamente, porque hay mucha pobreza a la vista y la pregunta ofende. «Vivimos en el barrio más pobre de la ciudad. Por no haber no hay ni hay árboles. Dicen que este es un barrio digno...», afirma un chico.

Por la calle de Sant Martí, un indigente se cae. Nadie se inmuta. «Está borracho y cada quien se busca lo que tiene», sentencia uno de los chicos. El sol cae a plomo. En otras calles, las sombras de los árboles ayudan a crear claroscuros platónicos. Aquí no hay claroscuros. La realidad está a la vista y las reglas son muy claras. Y es cierto: no hay ni árboles. ≡